



1. Lecturas de «El Bola»

Achero Mañas ha conquistado los dos grandes premios de la cinematografía española del 2001 –mejor película y mejor dirección–, con una película sencilla y tremendista, que llega al corazón del espectador y que nos remite a ese hondo problema de nuestra sociedad, que es el maltrato infantil, especialmente a costa de los mismos padres. Los Premios Goya se han vestido así de una llamada contundente a los derechos humanos más elementales, superando a las películas de Alex de la Iglesia y de José Luis Garci, seguras de arramblar con los mejores galardones: *La Comunidad* es un buen ejercicio cienmatográfico sin más, y *You're the one* carecía del mordiente necesario para provocar pasiones. *El Bola* es cine/documento en estado puro, y las gentes se han dejado impactar por esta breve narración un tanto marginal. Sobre todo, marginal del corazón humano.

Pero esta película soporta varias lecturas intencionales, sobre todo si la auscultamos desde diferentes puntos de vista narrativos. Es evidente que la cuestión del maltrato infantil es prioritaria y protagonista, pero deseamos poner el acento en otras dos complementarias y poco aludidas en las críticas llevadas a cabo: la vulgaridad familiar y la nueva ética educacional. La familia de *El Bola*, es cutre, cetrina, rancia, y despide ese típico olor a media pobreza, que tanto se produce en barriadas de grandes ciudades. La secuencia en que la madre está duchando a la abuela y el chico aguanta el cuerpo cansado de la anciana mientras mira hacia otro lado por elemental pudor, es de una carga emocional de altísimo voltaje, y encierra ese miserabilismo que, sin lugar a dudas, ha pretendido el director. Es una especie de caldo de cultivo para el drama, porque toda felicidad está ausente y las relaciones interpersonales completamente destruidas. Las palizas del padre hunden sus raíces en esta vulgaridad familiar repelente y chapucera. Hay que leerlo.

Y junto a todo esto, tan sórdido, aparece la familia contrapuesta, la de Alberto, el amigo del protagonista, en una espléndida interpretación. Unos padres modernos, simpáticos, progresistas, que educan a su hijo con tre-

mendo respeto y en libertad, pero siguiéndole la pista. El padre es un curioso especialista en tatuaje, que alucina a los dos muchachos con sus espléndidos dibujos sobre la piel humana. Hay distensión en esta gente, en su ambiente, en las comidas. Hay, y es lo más serio, una ética educacional laica, que se produce en función de los más elementales principios humanos, esos que surgen de cierta dignidad elemental. En toda la película, el hecho religioso está ausente y hasta menospreciado por Alberto, fruto de su misma experiencia ambiental. Dios pinta nada de nada, ni para bien ni para mal. Nos movemos a ras de tierra, donde las pasiones aparecen en estado puro y duro. Da que pensar. Hay que leer.

Se insiste en que el acento se pone en la posible reducción del filme al maltrato infantil, lo que sería injusto. Se hace preciso comprender que nada se produce por casualidad, lo que pone de manifiesto Acheró Mañas. Destapar la podredumbre que oculta esta sociedad nuestra, siempre es una tarea positiva. Porque podríamos morir de ocultación y de olvido, a la vez que tanta gente muere de dolor, de palizas y, en fin, de sin amor.

P. de P.

2. Pero llegó

Una breve recurrencia, sin afán de molestar a nadie. Resulta que el subcomandante Marcos, con sus desaprensivos campesinos indígenas, se ha plantado en el corazón mexicano. Esa plaza emblemática. Y resulta también que no es fácil para la foto con el presidente, como tampoco para reuniones un tanto subterráneas con porciones parlamentarias. Este misterioso caballero, cuya identidad va siendo desvelada como en una película de suspense, desea hablar a las dos cámaras reunidas y plantearles la autonomía de esos preocupantes diez millones de indígenas. Parecía un estudiante un tanto envarado allí, en la montaña, pero está resultando un feliz estratega para la causa de los pobres. Lo que siempre pone tenso y nervioso al prepotente de turno, que no se lo esperaba.

Y llegamos al meollo de la cuestión: ¿por qué tanta gente de la llamada izquierda divina se lleva las manos a la cabeza ante esa presencia del subcomandante en la plaza mexicana? ¿Por qué determinada prensa pretendidamente progresista intenta mostrar al subcomandante como un personaje irresponsable? ¿Por qué, en nuestra sociedad tan establecida y organizada, las masas nos producen tanto pánico? ¿Por qué, en fin, recordamos ahora la dramática muerte del Che Guevara, cuando estaba olvidada por completo?

Hemos eliminado del todo la palabra revolución de nuestro diccionario casero/societario, y nos produce alergia que pueda aparecer alguna revolución en el planeta. Pero al hacer tal cosa, olvidamos que los pobres son pobres de remate y que, en alguna ocasión, puede que solamente su amenaza de resultar revolucionarios... sea capaz de parar a los soldados que custodian tanta prepotencia. El subcomandante Marcos, con su pasamontañas, haría bien, le decimos desde la más preclara ortodoxia globalizadora, en vestirse de civil, tirar su maldita pipa, coger una pluma fuerte en lugar de una pistola, y comenzar a charlar en los palacios donde se almacena el futuro mexicano. Cualquier cosa menos fastidiarle la fiesta al presidente Fox, tan seguro de que Marcos estaba comiendo, ya, en su mano. Como un pajarito ingenuo, inocentón, indígena, en una palabra.

A ver lo que sucede. A ver...

Dennis Hopper

3. Soldados españoles

Desconozco si con ganas de fomentar una polémica indagatoria de la opinión pública, pero el hecho es que nuestro serísimo ministro de Defensa, Federico Trillo, ha declarado la posibilidad y hasta conveniencia de que los inmigrantes puedan formar parte del ejército español, especialmente los latinoamericanos. Uno queda perplejo. Absolutamente perplejo y sin habla. Verán.

Parecía, hasta el momento en que habló el ministro de tal astucia, que toda esta gente que nos llega de tantos lugares diversos intentando sobrevivir era una pandilla de peligrosos visitantes a los que había que aplicar la Ley de Extranjería, tan parca en sonrisas. Pero no. Desde que Federico Trillo ha comunicado su astuto plan, los inmigrantes resulta que son unos chicos buenísimos, capaces de introducirse en nuestro ejército por la puerta grande, hasta convertirse en auténticos soldados españoles. Una gozada. La carta que Trillo, tan serio y meditabundo que parece estar en plena campaña militar, se ha sacado de la bocamanga es tan perfecta, tan bien urdida y tan solícita con toda esta gente, que uno cae en la cuenta de que había juzgado superficialmente las intenciones inmigrantes del Gobierno español, jugando a malas suposiciones. Y no es así.

Día llegará en que, rememorando los mejores tiempos del ejército legionario africano, nuestros batallones desfilen con alegría, con marcialidad y hasta con donaire, y descubriremos en ellos los rostros un tanto morenos de nuestros hermanos latinoamericanos, que ahora son llevados y devueltos en incomprensibles transportes aéreos. Entonces serán unos tipos excelentes, les aplaudiremos con furia y gritaremos vítores a su paso. Entonces ya no serán inmigrantes, porque serán, nada más y nada menos, que fervorosos soldados españoles.

Y un sabor amargo me recorre el gáznate...

Dennis Hoper

4. Porque somos pecadores

Hace algún tiempo, ha saltado a los medios de comunicación una determinada noticia/rumor sobre determinados personajes eclesiásticos. No ha sido una buena noticia/rumor. Nos ha dejado un tanto desconcertados. Nos ha dolido en lo más íntimo. Porque contemplábamos a miembros eminentes de nuestra Santa Iglesia en situación comprometida, carne de cañón de contiendas entre los mismos medios de comunicación, y, en definitiva, teniendo que encajar tales cosas sin que fuera oportuno responder de forma clamorosa. Sin embargo, algo había en el ambiente, por mucho que nos costara aceptarlo, que sabía a deterioro. A confuso. Y este detalle aumentaba nuestro dolor y nuestra reticencia.

Pero vamos a ver: ¿por qué ponernos tan nerviosos todos, casi hasta perder los nervios, porque alguien en nuestra Santa Iglesia resulta, teológicamente hablando, pecador? ¿No somos todos, según cuanto afirmamos al comienzo de la Eucaristía, pecadores, egoístas, murmurantes y muchas cosas más? No vale argüirme desde la tremenda prudencia en estos casos, no me vale en absoluto. Lo que me vale es aceptar, sin tapujos fáciles, que es posible, dada nuestra condición humana, el pecado de cualquier creyente, por eclesiástico que sea. Y sin necesidad de concederle todo, reconocer la posibilidad del hecho, signo y señal, solamente, de nuestra radical fragilidad. Como todos los demás seres humanos que nos rodean.

Pero se me insiste en que sería una temeridad. Tampoco me vale este recurso al riesgo de precipitar opiniones, privadas y públicas, porque en realidad quien calla otorga, y además, de esta manera, nos quedamos sin palabras ante futuras noticias/rumores. La Santa Iglesia tiene que aprender a estar en la calle de la gente normal, a excusarse cuando deba hacerlo, a dar las explicaciones pertinentes, sabedora de que las fórmulas son muchas y de que no siempre lo más seguro en apariencia es lo más sensato ni lo más cristiano. En una palabra, en una sociedad que no acepta nada de nada, reproche alguno, deberíamos comenzar por decirle a nuestros conciudadanos que, en situaciones como la comentada, es posible haber errado, es decir, haber pecado, como solemos referirnos tantas veces a los demás.

¿Que estoy equivocado? Pues lo lamento. Porque hasta el instante mismo en que escribo estas líneas, pongo el acento en que veo las cosas perfectamente claras. Aunque sea verdad que uno es un tanto utópico. Es decir, como se dice, ingenuo.

P. de P.